

**LOCALES Y EXTRANJEROS
EN LA FORMACIÓN DE TRADICIONES
ANTROPOLÓGICAS LATINOAMERICANAS:
MÉXICO, COLOMBIA, PERÚ y ARGENTINA (1800-1950)**

Dr. Pablo Perazzi
UBA/CONICET
pabloperazzi@yahoo.com.ar¹

RESUMEN

Locales y extranjeros, criollos y gringos, propios y ajenos, las antropologías latinoamericanas –aunque no solo ellas– han sido un territorio fecundo en intercambios, circulación y recepción de científicos y doctrinas. La historiografía antropológica ha tendido a percibir tales flujos en términos unidireccionales (de Norte a Sur), priorizando las interpretaciones verticalistas. Si bien es indudable que detrás de la presencia extranjera se alzaba la mirada imperialista, no lo es menos el hecho de que no siempre –ni necesariamente– se trataba de un episodio arbitrario. Los acuerdos, las reciprocidades, las complicidades, las negociaciones y los conflictos definieron el contorno y los límites de esas trayectorias, le imprimieron caracteres específicos que es preciso comprender en toda su complejidad.

En este artículo nos proponemos una aproximación provisoria a los itinerarios –diversos o convergentes– de cuatro tradiciones antropológicas latinoamericanas: México, Colombia, Perú y Argentina. Nos interesa depositar la atención en los rumbos asumidos en función de la relación entre locales y extranjeros, distanciándonos tanto de posiciones victimizadoras como de visiones celebratorias. Buscamos, al mismo tiempo, escapar del antagonismo –a nuestro juicio limitado– entre una supuesta antropología al servicio de la

¹ Fecha de realización del artículo: marzo de 2014. Fecha de aprobación: octubre 2015.

expansión capitalista y una (no menos supuesta) antropología crítica o comprometida. De lo que se trata, en todo caso, es de intentar entender las lógicas de formación de tradiciones disciplinares en sus propios términos.

Palabras clave: antropologías latinoamericanas, tradiciones científicas, intercambios disciplinares, conflictos, continuidades.

ABSTRACT

Locals and foreigners, creoles and gringos, Latin-American anthropologies has been a rich terrain of exchanges. Anthropological historiography tended to work these exchanges in a one-way direction: North-South. If imperialist vision was an unavoidable fact, also is necessary underlies the complexity of this phenomena.

This article explores four divergent and convergent anthropological traditions: Mexican, Colombian, Peruvian and Argentinian. It focuses in interactions between locals and foreigners trying to understand these roots in their own terms.

Key words: Latin-American anthropologies, scientific traditions, scientific exchanges, conflicts.

Hace ya algunos años, Pierre Bourdieu (2000) sostenía que no había nada más falso que la creencia en que la vida intelectual “es espontáneamente internacional” (160). Aunque admitía que el mundo de las ideas –como cualquier esfera de la vida social– era coto de imperialismos, instaba a la elaboración de estudios capaces de comprender las condiciones de producción científica de los diferentes campos nacionales. ¿De dónde surgía esta preocupación? ¿A qué apuntaba? Todavía en la actualidad persiste, entre expertos y profanos, el ideario decimonónico según el cual la ciencia constituye “una comunidad ilimitada en el espacio y el tiempo” (Daston 2009:133). Esta afirmación ha minado toda posibilidad de acceso a lo idiosincrásico, renunciando de hecho y por convicción al entendimiento de las particularidades: no hay –no debería haberlo– contexto de origen ni de recepción, solo ciencia. Tales presunciones han sido, por cierto, una fuente inagotable de malentendidos.

Aun admitiendo –como lo han hecho algunos autores (Gänger 2006, Archetti 2008) – el carácter transnacional de la disciplina, no debería perderse de vista la importancia de atender a las especificidades que se han ido configurando en el ámbito internacional e, incluso, en el interior de los diferentes ámbitos nacionales: los centros hegemónicos tienen sus propias periferias, así como las periferias, sus respectivos centros hegemónicos. El desconocimiento de la extraordinaria complejidad de los diferentes espacios antropológicos nacion-

ales continúa siendo abrumador. El “provincialismo metropolitano” y el “cosmopolitismo provincial” –las dos caras de la misma moneda– no han hecho más que agravar el problema planteado (Ribeiro y Escobar 2008).

Locales y extranjeros, criollos y gringos, las antropologías latinoamericanas –aunque no solo ellas– han sido un territorio fecundo en intercambios, circulación y recepción de científicos y doctrinas. La historiografía antropológica ha tendido a percibir tales flujos en términos unidireccionales (de Norte a Sur), priorizando las interpretaciones verticalistas. Si bien es indudable que detrás de la presencia extranjera se alzaba la mirada imperialista, no lo es menos el hecho de que no siempre –ni necesariamente– se trataba de un episodio arbitrario. Los acuerdos, las reciprocidades, las complicidades, las negociaciones y los conflictos definieron el contorno y los límites de esas trayectorias, le imprimieron caracteres específicos que es preciso comprender en toda su complejidad.

En este artículo nos proponemos una aproximación provisoria a los itinerarios –diversos o convergentes– de las tradiciones antropológicas latinoamericanas. Nos interesa depositar la atención en los rumbos asumidos en función de la relación entre locales y extranjeros, distanciándonos tanto de posiciones victimizadoras como de visiones celebratorias. Buscamos, al mismo tiempo, escapar del antagonismo –a nuestro juicio limitado– entre una supuesta antropología al servicio de la expansión capitalista y una (no menos supuesta) antropología crítica o comprometida (L’Estoile, Neiburg y Sigaud 2002). De lo que se trata, en todo caso, es de intentar entender las lógicas de formación de tradiciones disciplinares en sus propios términos.

Es preciso aclarar que los alcances de nuestro análisis son limitados: se circunscribe a las tradiciones mexicana, colombiana, peruana y argentina, entre 1800 y 1950. En la primera parte, haremos un rápido repaso sobre los viajes (y viajeros) a las tierras interiores sudamericanas y sobre la emergencia del científico-naturalista como autoridad socialmente legítima en materia de conocimientos. En la segunda parte, nos ocuparemos de las trayectorias de científicos y antropólogos extranjeros, de sus estrategias de inserción en los medios cultos vernáculos, de los acuerdos y desacuerdos con las élites criollas, y de su rol como agentes modernizadores. En la tercera parte, nos detendremos en la presencia de colecciones americanas en museos europeos, haciendo hincapié en el hecho de que dicho fenómeno, inspirado en el ideal de la ciencia universal, naturalizaba la relación entre naciones proveedoras y naciones acopiadoras. En la cuarta parte, examinaremos el proceso de revalorización del patrimonio prehispánico (creación de museos, primeras historias nacionales, leyes proyectivistas) como un poderoso dispositivo nacionalizador de las élites. En la última parte, analizaremos el fenómeno de institucionalización y asociacionismo disciplinar, el surgimiento de centros de enseñanza y formación, y las metamorfosis de las modalidades de la presencia extranjera.

VIAJES Y VIAJEROS: LA MIRADA TROPICAL

El siglo XVIII conoció la realización de un enorme esfuerzo para la renovación del conocimiento, esfuerzo que envolvió tanto a individuos como a instituciones y estados. Sectores influyentes de los más diversos campos financiarán la ciencia y la institucionalizarán: surgirán academias, laboratorios y publicaciones especializadas (Bohn Martins 2010). El movimiento de exploración, en el que científicos europeos recorrieron el interior de los continentes, muñidos de libros e instrumentos para “inventariar al mundo”, estuvo ligado a la creciente búsqueda de mercados, productos comerciales y materia primas (Bohn Martins 2010).

A partir de Humboldt, América se vuelve objeto de conocimiento (Reguera 2010). Es entonces cuando surge la figura del “naturalista viajero”: el científico que entraba en relación directa con el objeto de estudio (Sanhueza 2010). El “naturalista viajero” buscaría diferenciarse de la figura del aventurero: atiende al protocolo, establece contactos con cónsules y autoridades locales, y acredita membrecías de sociedades científicas y museos (Béraud 2010). Sus observaciones y descripciones contaron con el auxilio de todo un nuevo instrumental, que confirió un mayor efecto de realidad a lo relatado: cronómetros, barómetros, pluviómetros, microscopios, etc. (Sanhueza 2010). Las observaciones y descripciones alternaron entre impresiones y mediciones, y entre curiosidades y descripciones científicas (Bohn Martins 2010). Los estudios, las mediciones, los registros, la recolección y la preparación de los especímenes no ocurrían en el contexto de las facilidades de los despachos, sino en un ambiente hostil y peligroso: el calor y la humedad eran inclementes; la selva impenetrable; la navegación, plena de osadía; y los caminos, habitados por indios indómitos (Bohn Martins 2010).

La selva tropical revelaba el estado virginal de la naturaleza (Sanhueza 2010). Pero las concepciones edénicas, presentes en los relatos de los siglos XVI y XVII, darían paso a visiones impregnadas de racionalismo y empirismo (Bohn Martins 2010). Se produce entonces el pasaje del exotismo a la tropicalización. Asimismo, a pesar de que eran los indios los que transportaban el equipaje, proveían alimentos y canoas, construían puentes y repelían ataques, no se verifica ninguna particular curiosidad por el registro de sus prácticas sociales o religiosas, o por los aspectos de la vida material (Bohn Martins 2010). Las reiteradas analogías entre el hombre tropical y la naturaleza conllevaba la colocación en el mismo rango a la tierra y sus gentes (Sanhueza 2010). La pereza y la inactividad se debían al hecho de vivir en una tierra en la que los hombres no tenían más que disfrutar de los ricos regalos de la naturaleza (Sanhueza 2010). Así como la selva tropical indicaba rapidez y fugacidad, el sudamericano solo podía vivir el presente, incapaz de conceptualizar el pasado y el futuro (Sanhueza 2010).

ANTROPÓLOGOS Y CIENTÍFICOS EUROPEOS EN TIERRAS SUDAMERICANAS: ANTONIO RAIMONDI, HERMANN BURMEISTER, CLAUDE DESIRÉE CHARNAY Y ROBERT LEHMANN-NITSCHKE

El naturalista y etnógrafo italiano Antonio Raimondi pasó 40 años en el Perú, de 1851 a 1890 (Seiner Lizárraga 2010). Tuvo, como muchos otros, una visión totalizadora, unificada y enciclopedista del conocimiento. A su llegada, se le encomendó la organización de la colección de historia natural del Colegio de la Independencia y el dictado de la cátedra homónima. En 1856, publicó *Elementos de Botánica*, una obra de consulta para estudiantes y su carta de presentación en el mundo científico internacional. Lo mismo ocurrirá con otros científicos extranjeros en territorio sudamericano.

A diferencia de otros catedráticos del Colegio, Raimondi era autodidacta. Esa condición (sumada a su extranjería) le generó conflictos con los científicos criollos, aunque corría con cierta ventaja: dominaba el instrumental y los criterios de clasificación de las especies, algo no muy corriente en el Perú de la época. Mantuvo y cultivó relaciones con su Italia natal, en especial con Emilio Cornalia, director del Museo de Historia Natural de Milán. El beneficio sería recíproco: Cornalia consiguió ampliar las colecciones de su Museo y Raimondi se mantuvo bibliográficamente actualizado. También estableció relaciones con otros científicos extranjeros que actuaron en Sudamérica, particularmente en Chile, como Antonio Domeyko y Rodolfo Philippi. Estas relaciones (o redes de relaciones) ponían de relieve dos elementos característicos de la práctica científica de la época: el intercambio de bibliografía y el envío de colecciones. En ese sentido, Raimondi era consciente del papel que cumplía en esas redes (como también lo serían Burmeister, Charnay y Lehmann-Nitsche): sabía que, en su condición de acopiador/proveedor de colecciones, era el eslabón inicial de la cadena del saber.

El prusiano Hermann Burmeister llegó por primera vez a Buenos Aires en 1857. Por información previa (Charles Darwin, Alcide d'Orbigny), advirtió que la megafauna extinguida era el único objeto de interés científico de las Pampas. Por consiguiente, diseñó su programa científico en función de ello. Se estableció definitivamente en Buenos Aires en 1861, tras renunciar a la cátedra de zoología de la Universidad de Halle. Se hizo cargo de la dirección del Museo Público de Buenos Aires, de la publicación de los *Anales*, de la fundación de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, y de la creación de la Sociedad Paleontológica de Buenos Aires (en reemplazo de la Asociación de Amigos de la Historia Natural del Plata que la había preexistido).

A diferencia de otros extranjeros, Burmeister nunca se desempeñó en la cátedra universitaria, pese a que sí lo había hecho en Europa. El Museo Público de Buenos Aires fue su teatro de operaciones predilecto. Concentró toda la atención en el estudio de los mamíferos fósiles de las Pampas. El Museo –y no la Universidad– constituyó la base para organizar su trabajo y su autoridad científica (Podgorny y Lopes 2008).

El arqueólogo y fotógrafo francés Claude Desirée Charnay estuvo en tres oportunidades en México: entre 1857 y 1861, entre 1864 y 1867, y entre 1880

y 1882. Con excepción de la segunda visita, realizada en compañía de las tropas francesas y de la que se desconoce el tipo de actividad que desplegó, sus estancias estuvieron subvencionadas por el Ministerio de Instrucción Pública galo y organizadas por el Museo Nacional de Historia Natural de París. La primera estancia la efectuó en su condición de fotógrafo, habiéndosele encomendado el registro visual –el primero en su tipo– de los grandes monumentos mexicanos. El resultado fue la publicación de *Ciudades y ruinas americanas*, con un prólogo del arquitecto Viollet-le-Duc, líder del movimiento neogótico y entusiasta divulgador del arte primitivo. Años después, ya instruido en la técnica arqueológica, efectuó su último viaje con el objetivo de hacer excavaciones en un área muy vasta, a fin de establecer –retomando las hipótesis de Humboldt– las características culturales y arquitectónicas de los toltecas. Charnay logró del gobierno porfirista un acuerdo altamente beneficioso, que desencadenaría un escándalo entre las élites políticas e intelectuales mexicanas: se le había concedido el derecho de propiedad sobre dos terceras partes de lo excavado. La salida de las piezas originó un largo debate parlamentario en el que se enfrentaron dos posiciones claramente diferenciadas (universalistas versus proteccionistas), que no hizo sino reflejar los cortocircuitos entre los intereses de una presunta ciencia internacional e internacionalizada y el ascenso de los nacionalismos latinoamericanos. El affaire motivaría la creación de la Dirección de Inspección y Conservación de Monumentos Arqueológicos en 1885 (Rutsch 2007).

El médico y antropólogo alemán Robert Lehmann-Nitsche fue un consumado divulgador del “ideario fisonomista” en Argentina. Época del expediente, del informe, del relevamiento, el experto –al igual que un sabueso o un detective– se dispuso a identificar aquellos detalles que configuraban lo que solía denominarse “el carácter de una fisonomía”. La creencia según la cual los “signos exteriores” expresaban el estado psíquico de un individuo no admitía controversias ni dobles lecturas: era un hecho científicamente aceptado (Perazzi 2009).

Artista de la observación y especialista titulado, Lehmann-Nitsche constituyó un genuino representante de aquella comunidad científica internacional de fines del siglo XIX, que se inspiraba en el precepto de una secular cooperación entre los expertos (Perazzi 2009). Doctorado en la Universidad de Hamburgo en marzo de 1897, tres meses después se encontraba prestando servicios en el Museo de La Plata, por recomendación de Rudolf Martin y a pedido de Francisco P. Moreno. Se desempeñó como jefe de la Sección Antropología del Museo y profesor de las academias platense y porteña hasta su jubilación en 1930. Se especializó en el estudio de enfermedades prehistóricas (sus hipótesis sobre las trepanaciones y el origen americano de la sífilis fueron muy comentadas) y fue el introductor de la paleo-anthropología y de la antropología física en su vertiente centroeuropea.

Los casos de Raimondi, Burmeister, Charnay y Lehmann-Nische revelan ciertas particularidades. En primer lugar, se observa una gran capacidad de adaptación a contextos científicos, políticos y culturales poco favorables (Béraud 2010). Esa presunta desventaja, sin embargo, fue compensada con su participación en el circuito científico transnacional, con el sostenimiento de las

redes de relaciones entre especialistas, con la presencia en congresos, y con la circulación y multiplicación de publicaciones científicas. Otra cuestión a considerar es el tipo de presencia desplegada: aunque Sudamérica fue un destino fugaz para muchos científicos y antropólogos extranjeros (se vio con Charnay en México pero también podrían agregarse los ejemplos de Wilhelm Reiss y Alphons Strübel en Perú, entre tantísimos otros), no es menos cierto que varios de ellos iniciaron o culminaron sus carreras en estas latitudes. En tercer lugar, si bien se suscitaron conflictos con las élites criollas, fueron miembros de esas mismas élites –y sus gobiernos– los que propiciaron su contratación. En ciertos casos, tales conflictos derivaban de la amenaza (más potencial que efectiva) que esos misioneros de la ciencia representaban a las carreras políticas de los miembros de las élites: la confianza en la autoridad científica era de tal magnitud que, a menudo, ponía en inferioridad de condiciones a quienes, generalmente formados en jurisprudencia, se dedicaban alternativamente al cultivo de la ciencia. Luego, aunque Sudamérica no era tierra yerma en materia científica, la presencia extranjera aceleró el proceso de modernización, tanto en términos institucionales, técnicos y bibliográficos, como en términos de la inserción en las diversificadas y complejas redes de producción de conocimiento. Por último, sus estancias no implicaban –es sabido– un respeto por los países donde desarrollaron su actividad. En efecto, un claro tinte civilizador, coherente con la creencia en su superioridad cultural, impregnó sus prácticas, discursos y conductas. El paternalismo y la “mirada imperialista” –deliberados o no– constituyeron el revés de la trama de la presencia extranjera en Sudamérica (Gänger 2006).

LA EXTRANJERIZACIÓN DEL PATRIMONIO: COLECCIONES AMERICANAS EN MUSEOS EUROPEOS

Los viajeros, naturalistas, exploradores o residentes extranjeros se convirtieron en proveedores habituales de los museos franceses, españoles, ingleses y alemanes. La presencia de objetos americanos en establecimientos europeos suele remitirse al siglo XVIII. La sección de “curiosidades artificiales” del Museo Británico contaba en 1753 –año de su creación– con trece objetos procedentes de Tierra del Fuego. Asimismo, en 1789 llegaba al Real Gabinete de Historia Natural de Madrid el primer ejemplar de un Megaterio exhumado en la localidad bonaerense de Luján (Podgorny 2000). Una parte de las colecciones etnográficas, reunida por Humboldt, se depositó en la Galería Real de Arte y Curiosidades de Berlín (Botero 2006).

Es a partir de la década de 1850, sin embargo, cuando se registra un intenso proceso de apropiación (expoliación) de colecciones americanas. Durante sus viajes por Perú y México, entre 1851 y 1859, el etnólogo alemán Adolf Bastian reunió nutridas colecciones. Al mismo tiempo, dejaba establecida una aceitada red de compatriotas –de la que se destacó el botánico Hermann Karsten– que garantizó la afluencia de objetos. En 1876, Bastian fue nombrado director del flamante Museo Etnográfico de Berlín: las colecciones prehispánicas ascendían, ya entonces, a 120.000 piezas. El establecimiento era concebido

como una biblioteca donde se depositaban los objetos como documentos de las sociedades sin escritura (Botero 2006).

Antes de la creación del Museo, Bastian había establecido contactos con Hermann Schumacher, el cónsul alemán en Bogotá. Schumacher le facilitará relaciones con miembros de las élites académicas, como el médico Liborio Zerda, profesor de la Universidad Nacional. Por intermedio del cónsul y con el apoyo de Zerda, realizaría una estadía en Colombia, entre octubre de 1875 y marzo de 1876. Durante la travesía, formalizó vínculos con coleccionistas, naturalistas, científicos y gUAQUEROS. Conoció a Leocadio María Arango, quien ya había comenzado a armar su famosa colección, y con quien sostuvo una relación que se prolongó durante años.

El carisma y las cualidades diplomáticas de Bastian le permitieron el acceso a valiosas piezas. En Medellín, conseguiría que el ingeniero en minas inglés Robert White le vendiera una colección originalmente formada para el Museo Británico. En 1899, tras varios años de negociaciones iniciadas durante su estancia bogotana, logró que Salomon Koppel, banquero alemán y primer director del Banco de Bogotá, le donara la balsa de oro de laguna de Siecha (que terminó incinerada accidentalmente en los depósitos del puerto de Bremen) (Botero 2006).

Los establecimientos franceses también fueron depositarios de colecciones americanas. En 1850, el Museo del Louvre inauguraba una “galería americana” que reunía objetos de México y Perú. Esos objetos conformaron el patrimonio inicial del Departamento Americano del Museo del Trocadero, fundado en 1878. En 1882, se inauguraba una sala de objetos del nuevo mundo, que rondaba (entre vitrinas y depósitos) las 10.000 piezas. En 1887, se produjo el traslado definitivo de las colecciones americanas del Louvre, del Gabinete Real y de la Biblioteca Nacional al Trocadero (Botero 2006). A las colecciones etnográficas, se habían anticipado las paleontológicas y antropológicas, procedentes en muchos casos de la campaña bonaerense. En 1840, a instancias del bibliófilo Pedro de Angelis, el gobernador Juan Manuel de Rosas donó una importante colección paleontológica al Museo Nacional de Historia Natural de París. Los envíos (por compras o donaciones) se sucederían ininterrumpidamente, por intermedio de emisarios radicados en el Plata, como Auguste Bravard, o de buscadores independientes de fósiles, como el francés François Séguin (Podgorny 2000). Hacia la década de 1870, las adquisiciones ya no correrían exclusivamente por cuenta de comisionados europeos, sino también por obra de jóvenes científicos criollos, como Francisco Moreno o Florentino Ameghino. Con el propósito de ganarse la confianza de los sabios parisinos, realizarían importantes donaciones que serían retribuidas con publicaciones, el acceso a bibliografía actualizada, viajes de formación y una densa trama de contactos personales e institucionales (Podgorny 2009).

En momentos en los que la actividad científica todavía no había arraigado sólidamente, la venta de colecciones a establecimientos metropolitanos –independientemente de la condición social del oferente– constituía una práctica cuyos beneficios se destinaban a la financiación de viajes o de trabajo de campo. Aun subyaciendo el aspecto lucrativo, esta actitud no era necesariamente repro-

chable y, en muchos casos, se inspiraba en la creencia en la ciencia como una empresa universal e internacionalizada (Rutsch 2007).

LA NACIONALIZACIÓN DEL PATRIMONIO: LOS COLECCIONISTAS, LA ERA DE LOS MUSEOS Y LA EMERGENCIA DE LOS NACIONALISMOS

La valorización del pasado prehispánico, aunque fortalecida en la época de los Centenarios, empezó a cobrar significación –no así eficacia práctica– hacia 1850. En 1852, el historiador guatemalteco Francisco de Paula García Peláez afirmaba que cuanto más grandes eran las ruinas que se poseía, tanto más lo era la nación en que aquellas se asentaban (Earle 2006). Algunos años después, en el otro extremo del continente, el ex presidente argentino Bartolomé Mitre –a la postre fundador de la Junta de Historia y Numismática Americana– mandaba a imprenta *Las ruinas de Tiahuanaco. Recuerdos de viaje* (1879). Lo interesante es que esa obra recreaba su paso por Bolivia en 1846, momento en que aquel joven de 25 años entraba en contacto directo con el pasado precolombino.

El pasaje de la construcción de genealogías patrias a la protección de los monumentos prehispánicos sería, sin embargo, lento y sinuoso. En efecto, aunque ya en las décadas de 1820 y 1830 se registraron intentos de legislación, fue a partir de 1880 cuando tales intentos se volvieron relativamente eficaces (Earle 2006).

Los coleccionistas particulares fueron los primeros, desde mediados del siglo XIX, en demostrar una actitud proclive a la protección y el atesoramiento de objetos precolombinos. En Perú, se destacaron José Miguel Medina, María Ana Zenteno, José Luis Caparó Muñiz y Mariano Macedo (Gänger 2006); en Colombia, Leocadio María Arango, Vicente Restrepo, Manuel Uribe Ángel y Eduardo Villa (Botero 2006); en Argentina, Samuel Lafone Quevedo, Adán Quiroga y Juan Martín Leguizamón; y en México, naturalmente, se contaban por doquier (Rutsch 2007). Aunque se trataba de colecciones privadas, sus propietarios fueron, en muchos casos, hombres públicos, sea en la esfera política o en la económica. También fueron, en muchos casos, estos mismos coleccionistas quienes escribieron, inspirados en el nacionalismo emergente y en la tradición ilustrada, las primeras historias antiguas de sus respectivos países. La paradoja de esos relatos –que claramente no lo era para las élites– radicaba en que, así como se establecía una conexión entre la historia precolonial y la historia nacional, se abría un hiato entre ese pasado glorioso y los indios contemporáneos, a los que no se les reconocía ni su condición de ancestros ni la de herederos (Earle 2006).

A la par del coleccionista, la iniciativa pública dispondría de un conjunto de medidas tendientes a la apropiación estatal de esos documentos materiales del pasado. En los monumentos antiguos y en los museos, el nacionalismo se tornaba visible (Anderson 2007). La búsqueda de una representación de “lo nacional” constituyó una preocupación ecuménica de las élites latinoamericanas: los museos nacionales eran libros de historia patria que exponían y resguardaban la memoria nacional (Earle 2006).

El devenir de los museos nacionales registró dos oleadas: 1820-1830 y 1880-1900. La primera se correspondería con los años inmediatamente posteriores a las guerras de la independencia; la segunda, en cambio, a la era de los nacionalismos. Los museos nacionales de Perú y México fueron fundados en 1822 y los de Argentina y Colombia, al año siguiente. En todos los casos, se trató de salones de exhibición de “curiosidades antiguas”, que abarcaban desde las riquezas minerales hasta los objetos representativos de las civilizaciones pre-hispánicas.

A partir de 1880, con el auge de los nacionalismos, esas “curiosidades antiguas” devinieron metáforas aglutinantes del pasado nacional. Se convirtieron en dispositivos efectivos del pensamiento nacionalizador. Desde entonces, con la sistematización de la enseñanza y la investigación de la antropología y la arqueología –y la consecuente transformación del artefacto arqueológico en evidencia científica– se produciría la esperada separación de la historia cultural de la historia natural. Así, el cambio de siglo sería testigo del surgimiento de museos propiamente antropológicos: el Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires en 1904 (conducido por el arqueólogo Juan B. Ambrosetti), el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia de Lima en 1906 (a cargo del antropólogo alemán Max Uhle), el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología de México en 1910 –a cuya inauguración asistió el entonces presidente Porfirio Díaz– y la renovación del Museo Nacional de Bogotá, iniciada por Ernesto Restrepo Tirado en 1911.

INSTITUCIONALIZACIÓN Y ASOCIACIONISMO: EL CAMINO A LA PROFESIONALIZACIÓN

A partir de la década de 1910, las antropologías mexicana, colombiana, peruana y argentina registraron un intenso proceso de creación de sociedades e instituciones antropológicas. Fue la época en la que se produjo un fenómeno generalizado de modernización disciplinar. A las técnicas, conceptos y teorías asimiladas, se sumaron –en una senda complementaria– establecimientos destinados al reclutamiento, intercambio y formación científica: el camino a la profesionalización se había iniciado.

La antropología mexicana fue pionera en el proceso de institucionalización disciplinar. A las iniciativas de Manuel Gamio y Ramón Mena, pronto se añadieron las de extranjeros, como Franz Boas y Eduard Seler, que introducirán cambios profundos en la práctica de la antropología. En 1905, Boas renunció al Museo de Historia Natural de Nueva York, debido a los fallidos intentos de profesionalización disciplinar. En ese contexto, engendró la idea de crear una Escuela Internacional de Antropología en México. A través de Eduard Seler, etnólogo alemán, sucesor de Bastian y figura influyente en los círculos intelectuales de la capital azteca, Boas comenzó a estudiar las posibilidades de abrir un centro de formación e investigación. Las negociaciones chocarían con la resistencia de la Inspección de Monumentos Arqueológicos, cuyas autoridades dudaban de las reales intenciones de los antropólogos extranjeros. En 1910, Boas y Seler par-

ticiparon como delegados del acto de fundación de la Universidad Nacional de México, una de las iniciativas desarrolladas en ocasión de los festejos del Centenario. Durante aquella estancia, tomaron conocimiento de las internas entre las distintas facciones del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología y de la Inspección y, naturalmente, empezarían a operar en consecuencia. En 1911, se inauguraba oficialmente la Escuela Internacional. La afluencia de docentes extranjeros en general, y de Boas en particular, ocasionó severas críticas de parte de los nacionales y, sobre todo, del personal jerárquico del Museo. Los beneficios salariales y editoriales, de los que Boas gozaba, empeorarían las cosas. Lo cierto es que el relativismo cultural boasiano no solo ofrecería una alternativa superadora del evolucionismo racista imperante sino además ofrecería las bases del indigenismo revolucionario. En esa clave debe interpretarse la publicación de *Forjando patria: pro-nacionalismo* de Manuel Gamio, texto fundacional del indigenismo de la revolución mexicana (Kourí 2010). Allí Gamio sostiene que la tarea de la revolución era forjar la patria de todos los mexicanos, indios, mestizos y blancos, y para eso era preciso contar con la antropología. El problema del indio ya no era su inferioridad sino su retraso, que podía y debía ser remediado con los aportes de la disciplina.

En los siguientes años, la antropología mexicana potenciaría los conflictos inter-institucionales, extendiéndose también al plano personal, como la sostenida querrela entre el discípulo local de Boas, Manuel Gamio, y uno de los hijos dilectos del Museo, Ramón Mena (Rutsch 2001 y 2007). Asimismo, el proceso revolucionario asestaría un duro golpe a los planes de Boas, quien vería languidecer su ansiado proyecto. La falta de presupuesto y la interrupción de las investigaciones licuaron las esperanzas de una reapertura. Las pugnas entre locales y extranjeros dejaban en evidencia que, así como las antropologías criollas y las metropolitanas requerían unas de otras, no era menos cierto que, subterránea y silenciosamente, también se negaban recíprocamente (Lomnitz 2002).

Con apoyo del gobierno de Venustiano Carranza, una beca y una pequeña ayuda financiera gestionada por Boas, Gamio abandonó sus estudios en el Museo y se dispuso a cursar una maestría en Arqueología en la Universidad de Columbia. Boas y Marshall H. Saville fueron sus tutores: el primero, en antropología general y el segundo, en trabajo de campo arqueológico. Concluidos los estudios, retornó a México. Las credenciales obtenidas no disiparían las viejas disputas con el personal del Museo, aunque consiguió el puesto de jefe del Departamento de Inspección y Conservación de Monumentos Arqueológicos de dicho establecimiento. En 1917, fundó el Departamento de Antropología en el Ministerio de Agricultura y Fomento. Es probable que la no dependencia de un ámbito educativo obedeciera al espíritu de la Constitución posrevolucionaria, algunos de cuyos artículos –sobre todo el referente a la propiedad de la tierra– tendieron a renovar y re-direccionar el discurso indigenista. Como director del Departamento, Gamio impulsaría un monumental estudio sobre el valle de Teotihuacán –base de su tesis doctoral– que funcionó como una poderosa parábola de la nación mexicana: un territorio rico y exuberante poblado por gentes desheredadas (Lomnitz 2002).

Gamio edificó su liderazgo organizacional en función de sus contactos con el exterior –fundamentalmente con Boas y la academia norteamericana–, descuidando sus relaciones con sus connacionales y con la generación precedente. Tampoco había prestado suficiente atención al aspecto formativo, lo que le impidió la generación de círculos discipulares. Así las cosas, aunque sus trabajos replicaron cabalmente el espíritu nacionalista en boga, no lograría allanar diferencias con sus antagonistas locales. En 1925, carente de apoyo y tras haber denunciado hechos de corrupción, debió renunciar a la dirección del Departamento de Antropología y migrar a los Estados Unidos.

Durante la presidencia nacionalista y popular de Lázaro Cárdenas (1934-1940), el discurso indigenista alcanzó nuevos bríos, lo que impactó positivamente en el proceso de institucionalización disciplinar. En las décadas de 1930 y 1940, surgirían diversos centros de producción y formación antropológicas: Instituto Nacional de Antropología e Historia (1937), Departamento de Antropología (desde 1942, Escuela Nacional de Antropología e Historia), Instituto Indigenista Interamericano (1940, luego incorporado a la Organización de Estados Americanos) e Instituto Nacional Indigenista (1949) (Lomnitz 2002, Krotz 2008).

En Colombia, el asociacionismo coincidió con (o se vio fortalecido por) el clima político instaurado con la denominada República Liberal. En 1931, se creaba por decreto un Museo Nacional de Etnología y Arqueología, aunque no lograría superar la fase administrativa. Un lustro más tarde, el presidente Enrique Olaya Herrera establecía la fundación de la Escuela Normal Superior (ENS) –sobre la base de su homónima francesa–, cuna de las ciencias sociales modernas y semillero del grupo de egresados que, en la década siguiente, se desempeñará en el Instituto Etnológico Nacional. Entre los miembros de ese grupo se encontraba Gregorio Hernández de Alba, una figura central de la antropología colombiana. Por su estrecha amistad con los artistas del movimiento Bachué y su profundo sentimiento nacionalista e indigenista, Hernández de Alba tuvo un rol protagónico en la creación en 1935 de una sección arqueológica de la Escuela de Bellas Artes de la ENS y, al año siguiente, en el armado de la Sociedad Colombiana de Estudios Arqueológicos y Etnográficos, una asociación privada pensada con el objetivo de publicar los trabajos de los especialistas. En 1938, ocurrirían tres hechos significativos. Surgía, por un lado, el Servicio Arqueológico Nacional, cuya primera misión consistió en la realización de un registro de las colecciones arqueológicas y antropológicas, según el sistema de numeración y catalogación sugerido por el Instituto de Etnología de París. En segundo lugar, se produjo el arribo de Paul Rivet, por invitación del electo presidente colombiano Eduardo Santos, quienes habían forjado una amistad durante las tertulias latinoamericanas organizadas por Rivet en el Museo del Hombre. Por último, por iniciativa de la Sociedad Colombiana de Estudios Arqueológicos y Etnográficos, se concretaba la Exposición Arqueológica y Etnográfica, en el marco de las celebraciones del IV Centenario de la Fundación de Bogotá.

Esta ebullición asociativa se vería coronada con la creación del Instituto Etnológico Nacional (IEN) en 1941, anexo a la ENS. La dirección quedaría en manos de Rivet. La elección del francés no solo se explicaba por su enorme pres-

tigio sino también por su situación personal: la ocupación nazi ponía en riesgo su vida, dada su adhesión al Frente Popular –del que había sido electo diputado unos años antes– y su activa participación en la Resistencia. Aunque ya era un hombre de edad –rondaba los 65 años–, durante el bienio que ocupó la dirección del IEN (1941-1942) egresaron 18 alumnos, supervisados por él mismo (Botero 2006, Pineda Camacho 2009, Morales 2009).

En Perú, el fenómeno del asociacionismo estuvo atravesado por el movimiento indigenista. La reflexión sobre el indio y lo indígena se remontaba a la década de 1920 y estaba asociada a tres personalidades clave: Hildebrando Castro Pozo, José Carlos Mariátegui y Luis Valcárcel. La imagen del indio fue el tópico central de la consciencia de la intelectualidad peruana. Esas preocupaciones se originaron, sin embargo, en una atmósfera política desfavorable, dominada por la llamada “contraofensiva hispanista” e impulsada por las viejas oligarquías andinas (Degregori y Sandoval 2007:307). El indigenismo era entonces una idea a la defensiva, refugiada en ámbitos –como la Escuela de Bellas Artes o el Museo de la Cultura Peruana– que no constituían una amenaza al gravitante ideario hispanista. En ese clima, era previsible que el desafío al statu quo sostenido por Mariátegui en los Siete Ensayos o por Valcárcel en *Tempestad* en los Andes fuera respondido con la persecución y el encierro

Paralelamente, iría adquiriendo relevancia y ascendiente la figura de Julio C. Tello. Impulsor del nacionalismo indigenista en su vertiente conservadora, Tello actuó como un intelectual oficial cuya carrera se desarrolló al amparo del aparato estatal (Tantaleán 2010). Ya graduado en Medicina, obtuvo del gobierno de Augusto Leguía –tras gestiones con la Universidad de San Marcos– ayuda financiera para realizar estudios de maestría en Antropología en la Universidad de Harvard, donde permaneció entre 1909 y 1911. Tomó cursos de Antropología Física, Arqueología, Etnología y Lingüística y se vinculó con los profesores Franz Boas, Frederic W. Putnam y Alex Hrdlicka, entre otros.

El apoyo del gobierno pro-norteamericano de Leguía no solo condicionaría la carrera de Tello sino también el destino de la antropología peruana. La presencia de antropólogos estadounidenses se volvería un asunto cotidiano. En 1913, Tello acompañaría a Hrdlicka en sus exploraciones de los valles de Lima; en 1916 integraría la Expedición Científica al Marañón, organizada por la Universidad de Harvard, y una década más tarde exploraría, en compañía de Alfred Kroeber, los cementerios de Nazca. Sus relaciones con Leguía y la academia norteamericana no entraron en contradicción ni con su consciencia indigenista ni con su acusado nacionalismo. Fue parlamentario –en representación de la provincia de Huarochirí– durante el segundo y tercer período presidencial de Leguía, y propició la creación del Patronato de la Raza y la ley de conservación de monumentos arqueológicos. El Patronato neutralizaría las energías contestatarias que Mariátegui y Valcarcel habían percibido en la población indígena. El discurso sobre el indio ahondaría en el aspecto estético, como entidad pretérita, pero sin presente y, sobre todo, sin futuro. Así, su estilización estética conllevaba su esterilización social (Gonzales 2010).

Tello también impulsó un proyecto de ley de reorganización del Museo Nacional, lo que le significó un sostenido conflicto con Emilio Gutiérrez de Quin-

tanilla, un conservador influyente vinculado con familias aristocráticas y terratenientes. En 1919, crearía el Museo de Arqueología de la Universidad de San Marcos. En 1923, estableció las cátedras de Arqueología y Antropología en las Facultades de Ciencias y Letras de las universidades de San Marcos y Católica, respectivamente. Al año siguiente, Leguía le encomendó la dirección del Museo de Arqueología Peruana.

El derrocamiento de Leguía en 1930 dejó a Tello a merced de sus viejas enemistades. La Junta Militar dispuso la rescisión de su contrato en el Museo y el nombramiento de Luis Valcárcel como sucesor. En esas circunstancias, Tello buscaría refugio en el Colegio Italiano Antonio Raimondi y en la Universidad Católica, y aceptaría sus antiguos vínculos con los Estados Unidos y sus fundaciones. En 1937, recibió un auspicio financiero de Nelson Rockefeller –con el que inició investigaciones en Lambayeque y retomó las del Marañón –y en 1940 la Viking Fund de Nueva York financió su expedición al Urubamba.

Durante la breve primavera democrática de José Luis Bustamante y Rivero (1945-1948), y con Valcárcel como Ministro de Educación, se producirían avances significativos. En 1946, se creaba el Instituto de Etnología y Arqueología de la Universidad de San Marcos. Ese mismo año, se abría la carrera de Antropología en la Universidad de San Antonio Abad del Cusco. En 1949, se fundaba el Instituto Francés de Estudios Andinos, institución en la que materializará la presencia francesa en la antropología peruana. Su primer director, el médico y etnógrafo Jehan Vellard, desempeñaría importantes cargos en la Pontificia Universidad Católica y en la de San Marcos, en el Instituto Riva-Agüero y en la Escuela de Servicio Social (Marzal 1989, Degregori y Sandoval 2007, Salazar Soler 2007).

A mediados de los años cuarenta, el discurso antropológico nacionalista peruano perdería vigencia. Una nueva etapa, caracterizada por la presencia e intercambios con la academia norteamericana, se perfilaba en el horizonte disciplinar. El indigenismo socialista, promovido por Mariátegui, Haya de la Torre y Valcárcel, había generado una profunda inquietud en las élites gobernantes y había puesto en cuestión al poder terrateniente y oligárquico. Con el golpe de Estado de 1948 y el gobierno del militar derechista Manuel Odría, la presencia norteamericana se volvería gravitante. Conviene recordar la creación, unos años antes, del Inter-American Indigenous Institute, una organización de la Unión Panamericana financiada por el gobierno estadounidense, inspirada en la necesidad de comprender el mundo campesino e indígena y de propiciar un cambio moderado, no revolucionario y alejado de los modelos colectivista o comunista. En 1947, el declinante gobierno de Bustamante fundaba el Instituto Indigenista Peruano, un organismo estatal que adheriría formalmente al Inter-American Indigenous Institute, y en cuya dirección estaría –solo durante un año– Valcárcel. La visión indigenista-colectivista y de reafirmación de la raza, sostenida por Valcárcel, no se condecía ni con el asimilacionismo, ni con el mestizaje, ni mucho menos con la integración planificada propuesta por el instituto norteamericano. El gobierno de Odría rescindiría el contrato de Valcárcel nombrando en su reemplazo al biólogo Carlos Monge, quien luego se desempeñaría como vice-director del proyecto Vicos de la Universidad de Cornell. Aunque

enmarcado en el ideario desarrollista –se había propuesto un cambio de las relaciones entre administradores y trabajadores agrarios y la eliminación de los servicios personales no remunerados (pongaje) –, el proyecto Vicos (1952-1962) se desarrolló en el contexto de la Guerra Fría y de la amenaza de la revolución nacionalista (1952) y de la reforma agraria (1953), acontecidos en la vecina República de Bolivia. Si bien a Odría le sirvió para proyectar una imagen progresista y modernizante de su gobierno, Vicos no hacía más que expresar el interés de los Estados Unidos en el control de las tentativas insurgentes en la región y de la amenaza comunista (Rendón 2012).

La institucionalización y el asociacionismo también se expresaron en el medio disciplinar argentino. En 1927, se concretó la mudanza del Museo Etnográfico de los sótanos de la Facultad de Filosofía y Letras al edificio de la calle Moreno (vacante por la mudanza de la Facultad de Derecho). Ese mismo año, se inauguraba el Instituto de Antropología de la Universidad de Tucumán, cuya dirección recaería en el antropólogo suizo Alfred Métraux. En 1935, se sustanciaba una vieja aspiración: un grupo de practicantes aprobaba los estatutos de la flamante Sociedad Argentina de Antropología. En 1939, se creaba el Instituto de Arqueología y Etnografía de la Universidad de Cuyo, a cargo del español Salvador Canals Frau. A las cátedras de antropología, arqueología y etnografía existentes, se sumarían otras nuevas, ampliando el plantel docente y facilitando las carreras académicas. En 1947, tras la disolución de la Oficina Etnográfica, se fundaba el Instituto Étnico Nacional. Al año siguiente, se creaba el Instituto de Antropología de la Universidad de Buenos Aires, a cargo del ítalo-argentino José Imbelloni.

Aunque la instrucción de los iniciados se realizaba íntegramente en el país, hubo ejemplos de profesionales que efectuaron estudios de especialización en el exterior, preferentemente en la academia norteamericana (Alberto Rex González y María Esther Álvarez de Hermitte). Por otro lado, a mediados de los años cuarenta se produjo la llegada de extranjeros, como el prehistoriador austríaco Oswald Menghin, que acreditaban un dudoso pasado al servicio del Tercer Reich (Kohl y Pérez Gollán 2002, Fontán 2005).

Durante el gobierno de Juan Perón (1946-1955), la disciplina quedó atrapada en los antagonismos políticos, lo que provocó renunciaciones y cesantías de un buen número de profesionales, así como la entronización de la escuela histórico-cultural como corriente antropológica dominante. En ese período surgen las primeras tentativas de profesionalización en las universidades de Tucumán y Buenos Aires (Perazzi 2003).

En 1957, se creaba la carrera de Antropología en la Universidad Nacional de La Plata. Al año siguiente, el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires aprobaba el plan de estudios de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas. Los contenidos de la cursada expresaban las diferentes líneas teóricas internas, desde el historicismo cultural hasta las corrientes británica y estadounidense. La etapa amateur de la disciplina había cumplido su ciclo.

CONCLUSIONES

La historiografía antropológica latinoamericana ha sido manifiestamente proclive a la búsqueda de precursores, de fundadores, de mitos de origen o de héroes disciplinares. Aunque legítima, la exaltación de los grandes hombres ha descuidado miradas capaces de atender las redes de relaciones, las afinidades, los conflictos, los círculos discipulares y las tramas de poder en que aquellas personalidades se asentaban.

La historiografía antropológica latinoamericana también ha sido proclive al denunciacionismo. En lugar de intentar pensar la disciplina como un “producto cosmopolita” –aunque localizado– o de intentar comprender las lógicas de la presencia extranjera como negociación más que como imposición inconsciente, se ha abusado de las lecturas lineales y simplistas (Gänger 2006:70). Locales y extranjeros han sido agentes conscientes, interesados y contradictorios, pero raramente ingenuos o maleables. Admitir el reparto desigual del conocimiento no implica necesariamente asumir la posición de la víctima. La victimización no solo limita la sutileza del debate: también conduce a “la retórica de la repetición” (Podgorny 2009:19).

En los últimos tiempos, sin embargo, han ido apareciendo líneas de investigación que, dejando de lado la ojeada celebratoria o el relato hagiográfico, han aportado miradas complejas sobre el pasado disciplinar. En ese sentido, así como se han admitido asimetrías, o la existencia de tradiciones dominantes, emergentes, residuales y subalternas, también se ha empezado a reconocer la importancia del estudio de tradiciones singulares que, aunque opacas o invisibilizadas por las concepciones normativas y hegemónicas de la disciplina, constituyen objetos privilegiados para comprender las relaciones de poder entre las antropologías (Restrepo 2012).

La presencia extranjera no ha resultado una circunstancia excepcional, así como tampoco la presencia criolla en centros académicos dominantes. Lo cual no implica sostener una mirada homogeneizadora sobre trayectorias, intereses, condiciones de posibilidad y márgenes de negociación. En todo caso, a lo que debe aspirarse es a entender esas especificidades en un marco disciplinar más amplio y complejo. Este trabajo ha intentado ser un aporte en ese sentido.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, B. (2007). *Comunidades imaginadas*. Buenos Aires. FCE.

Archetti, E. (2008). ¿Cuántos centros y periferias en antropología? Una visión crítica de Francia. En G. L. Ribeiro y A. Escobar (Ed.), *Antropologías del mundo. Transformaciones disciplinares dentro de sistemas de poder* (pp. 139-162). Popayán: Ciesas.

Béraud, G. (2010). Alcide d’Orbigny. Condiciones de un viaje científico a la América meridional. En R. Sagredo Baeza (Ed.), *Ciencia-Mundo. Orden republicano, arte y nación en América* (pp. 121-146). Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Bohn Martins, M. C. (2010). Cartografías de la selva. La Condamine y su relación sobre la América Meridional. En S. Fernández y A. Reguera (Ed.), *Imágenes en plural. Miradas, relatos y representaciones sobre la problemática del viaje y los viajeros* (pp. 29-46). Buenos Aires: Prohistoria Ediciones.

Botero, C. (2006). *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia. Viajeros, arqueólogos y coleccionistas*. Bogotá. Uniandes-CESO.

Bourdieu, P. (2000). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires. EUDEBA.

Daston, L. (2009). La objetividad y la comunidad cósmica. En G. Schröder y H. Breuninger (Ed.), *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión* (pp. 35-58). Buenos Aires: FCE.

Degregori, C. y P. Sandoval (2007). La antropología en el Perú: del estudio del otro a la construcción de un nosotros diverso. *Revista Colombiana de Antropología*, 43, pp. 299-334.

Earle, R. (2006). Monumentos y museos: la nacionalización del pasado precolombino durante el siglo XIX. En B. González Stephan y J. Andermann (Ed.), *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina* (pp. 27-64). Rosario: Beatriz Viterbo.

Fontán, M. (2005). Oswald Menghin: ciencia y nazismo. El antisemitismo como imperativo moral. Buenos Aires. Fundación Memoria del Holocausto.

Gänger, S. (2006). ¿La mirada imperialista? Los alemanes y la arqueología peruana. *Histórica*, XXX, 2, pp. 69-90.

Gonzales, O. (2010). Indigenismo, nación y política en el Perú (1904-1930). En C. Altamirano (Ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina. Los avatares de la ciudad letrada en el siglo XX* (pp. 433-454). Buenos Aires: Katz.

Kohl, P. y J. A. Pérez Gollán. (2002). Religion, Politics, and Prehistory. *Current Anthropology*, 43, 4, pp. 561-586.

Kourí, E. (2010). Manuel Gamio y el indigenismo de la Revolución Mexicana. En C. Altamirano (Ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina. Los avatares de la ciudad letrada en el siglo XX* (pp. 419-432). Buenos Aires: Katz.

Krotz, E. (2008). La antropología mexicana y su búsqueda permanente de identidad. En G. L. Ribeiro y A. Escobar (Ed.), *Antropologías del mundo. Transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder* (pp. 111-138). Popayán: Ciesas.

L'Estoile, B., F. Neiburg y L., Sigaud. (2002). Antropologia, impérios e estados nacionais: uma abordagem comparativa. En B. L'Estoile, F. Neiburg y L. Sigaud (Ed.), *Antropologia, Impérios e Estados Nacionais* (pp. 9-38). Rio de Janeiro: Relume Dumará.

Lomnitz, C. (2002). A antropologia entre fronteiras: dialética de uma tradição nacional (México). En B. L'Estoile, F. Neiburg y L. Sigaud (Ed.), *Antropologia, Impérios e Estados Nacionais* (pp. 125-158). Rio de Janeiro: Relume Dumará.

Marzal, M. (1989). *Historia de la antropología indigenista: México y Perú*. Lima. Pontificia Universidad Católica del Perú.

Morales, J. (2009). La antropología como profesión: sus comienzos. En C. Langebaek y C. Botero (Ed.), *Arqueología y etnología en Colombia. La creación*

de una tradición científica (pp. 173-198). Bogotá: Uniandes-CESO.

Perazzi, P. (2003). *Hermenéutica de la Barbarie. La antropología en Buenos Aires, 1935-1966*. Buenos Aires. Sociedad Argentina de Antropología.

Perazzi, P. (2009). *Cartografías corporales: las pesquisas antropológicas del doctor Roberto Lehmann-Nitsche, Buenos Aires: 1897-1908*. Cuadernos de Antropología Social, 29, pp. 121-134.

Pineda Camacho, R. (2009). *Cronistas contemporáneos: Historia de los Institutos Etnológicos en Colombia (1930-1952)*. En C. Langebaek y C. Botero (Ed.), *Arqueología y etnología en Colombia. La creación de una tradición científica* (pp. 113-172). Bogotá: Uniandes-CESO.

Podgorny, I. y M. M. Lopes (2008). *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*. México. Limusa.

Podgorny, I. (2000). *Los gliptodontes en París: las colecciones de mamíferos fósiles pampeanos en los museos europeos del siglo XIX*. En M. Montserrat (Ed.), *La ciencia en la Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones* (pp. 309-328). Buenos Aires: Manantial.

Podgorny, I. (2009). *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*. Rosario. Prohistoria Ediciones.

Reguera, A. (2010). *La experiencia del reconocimiento. Las miradas de los viajeros y las representaciones de los viajes*. En S. Fernández y A. Reguera (Ed.), *Imágenes en plural. Miradas, relatos y representaciones sobre la problemática del viaje y los viajeros* (pp. 15-28). Buenos Aires: Prohistoria Ediciones.

Rendón, S. (2010). *1950s-1960s, Vicos: la intervención antropológica*. En <http://grancomboclub.com/2012/12/1950s-1960s-vicos-la-intervencion-antropologica.html>. Consultado el 15 de marzo de 2015.

Restrepo, E. (2012). *Antropología y estudios culturales. Disputas y confluencias desde la periferia*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Rutsch, M. (2001). *Ramón Mena y Manuel Gamio. Una mirada oblicua sobre la antropología mexicana en los años veinte del siglo pasado*. *Relaciones (El Colegio de Michoacán)*, XXII, 88, pp. 79-118.

Rutsch, M. (2007). *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*. México. INAH-UNAM.

Salazar Soler, C. (2007). *La presencia de la antropología francesa en los Andes peruanos*. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Peruanos*, 36, 1, pp. 93-107.

Sanhueza, C. (2010). *Eduard Poeppig: en busca del hombre tropical en la América Latina del siglo XIX*. En R. Sagredo Baeza (Ed.), *Ciencia-Mundo. Orden republicano, arte y nación en América* (pp. 147-164). Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Seiner Lizárraga, L. (2010). *Antonio Raimondi en el Perú: viajes, obra científica y redes de influencia en la periferia, 1851-1890*. En R. Sagredo Baeza (Ed.), *Ciencia-Mundo. Orden republicano, arte y nación en América* (pp. 255-280). Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Tantaleán, H. (2010). *El pasado tras del espejo: arqueología y nacionalismo en el Perú*. En J. Nasti y L. Menezes (Ed.), *Historias de Arqueología Sudamericana* (pp. 137-168). Buenos Aires: Universidad Maimónides.